

Conclusión

Populismo, crisis y representación

Sabrás qué decir cuando llegue el momento.
Eso es todo este arte, ¿eh? Qué decir, y cuándo decirlo. Y el resto es silencio.

LE GUIN, *Tales from Earthsea* (traducción propia)

El ascenso del populismo y los contextos de crisis política y económica tienen una relación compleja. Como ya dijimos, tanto los populismos sudamericanos de izquierda como el estadounidense y los europeos de derecha alcanzaron masa crítica en momentos en que el descontento social estaba en alza a causa de los procesos de rápido descenso del bienestar económico y de pérdida de legitimidad de los partidos políticos establecidos.

En el caso sudamericano, puede mapearse de una manera casi perfecta la aparición de todos los fenómenos de populismos exitosos correlacionando estas dos variables: crisis económica y crisis política. En Chile, Brasil y Uruguay, los tres países en que no se produjo una crisis económica abierta y en que el sistema de partidos, o bien no cambió, o bien lo hizo de manera gradual,¹¹⁴ no llegó al poder un presidente populista. En la Argentina, donde la crisis económica fue muy

114 En Chile, los partidos políticos que surgieron de la transición democrática se mantuvieron en el poder con alternancia por vía electoral; en Brasil y en Uruguay, tanto el PT como el Frente Amplio primero se crearon como partidos, luego gobernaron municipios o estados y finalmente ganaron la presidencia.

fuerte, pero la deslegitimación de los partidos en 2001 no impactó de igual manera en la UCR y en el peronismo, y donde el gobierno populista resultante llegó al poder de la mano de un partido preexistente, el grado de radicalidad discursiva del gobierno kirchnerista (sobre todo, el de Néstor Kirchner) fue más moderado. Por el contrario, cuanto más fuerte resultó la crisis económica y más profunda la pérdida de la legitimidad de los partidos, más radical se mostró el discurso del gobierno surgido de esa coyuntura.¹¹⁵ El caso más extremo, Venezuela, sumó al impacto de la baja de los precios del petróleo y a la crisis económica de los años noventa la deslegitimación profunda de los dos partidos que habían sostenido el largo bipartidismo venezolano. En Sudamérica, los gobiernos de la "ola rosa" que surgieron de esta encrucijada fueron, a grandes rasgos, distributivos, modernizantes y estatistas.

Una "doble crisis" similar ocurrió en Europa luego de 2008, cuando la crisis financiera causó un impacto semejante a lo sucedido en Latinoamérica y se sintió en los sistemas de partidos. Fueron los partidos "centristas", socialdemócratas o de centroderecha, los más afectados, ya que fueron vistos como causantes de la crisis o como garantes de las medidas de austeridad con que se intentó enfrentarla.¹¹⁶ Tal como sucedió en el contexto sudamericano, a esta doble crisis siguió en Europa un momento de creatividad política, con aparición de nuevos partidos, movimientos y liderazgos populistas. Sin embargo, estos tuvieron, en general, características diferen-

tes: en su mayoría fueron xenofóbicos, nativistas y despreocupados por la expansión de derechos. Como dijimos en el capítulo 4, los populismos que poblaron Sudamérica en las últimas dos décadas en general concibieron al pueblo como un proyecto incompleto, algo que debía ser constituido en el presente y en el futuro. Por el contrario, en los populismos de derecha, como los de Marine Le Pen, Nigel Farage o Donald Trump, el pueblo se define como una entidad ya completa, amenazada por la desintegración presente. Ambos tipos de movimientos tienen un discurso antiélite, pero solo los primeros se enfocan en la élite económica, mientras que los segundos se concentran en las élites político-culturales.

La relación entre crisis económica/crisis política y aparición de gobiernos populistas no es tan lineal en el contexto europeo. Por caso, la distribución de populismos de izquierda y de derecha no está tan claramente correlacionada con un número concreto de variables. El ascenso de la ultraderecha no parece estar vinculado con el impacto de la crisis económica, ya que Grecia, el país más afectado por esa crisis, optó por un populismo de izquierda, mientras que la ultraderecha se incrementa en Alemania, un país que no debió enfrentar la crisis y cuya economía crece. Varios autores señalaron que hay una sólida correlación entre la existencia de un partido de ultraderecha fuerte en un país determinado y la existencia de un antecedente histórico de un partido nazi o fascista en ese país;¹¹⁷ sin embargo, todavía no parece existir en España un populismo xenofobo con posibilidades de ganar el poder a pesar del antecedente del franquismo, aunque la irrupción del ultraderechista Vox en las elecciones de Andalucía en 2018 puede alterar esta ecuación.

En conclusión: aunque pueden discernirse trayectorias generales, no existe un determinismo absoluto. No queda cla-

115 Un argumento similar desarrollan Etchemendy y Garay (2011) al comparar a la Argentina, Brasil y Venezuela. Entre otras cosas, el kirchnerismo nunca realizó, ni intentó, una reforma constitucional.

116 Solo dos ejemplos: en Grecia, el Movimiento Socialista Panhelénico (Pasok), fundado en 1974, prácticamente desapareció; en España, el Partido Obrero Socialista Español (PSOE) perdió parte de su electorado, que se volcó al nuevo partido Podemos y solo pudo volver al gobierno en 2018 de la mano de una coalición parlamentaria, es decir, no por la vía electoral; mientras el Partido Popular (PP), de centroderecha, también fue amenazado por el nuevo partido Ciudadanos y, más recientemente, por la fuerza de centroderecha Vox.

117 Sobre este punto, véase la discusión sobre las explicaciones históricas del ascenso de los populismos de derecha en Loch (2017: 80).

ro por qué ciertas clases de populismo tienen mayor pregnancia en algunas situaciones, mientras que populismos de signo contrario resultan favorecidos en otras, un fenómeno que desconcierta a los analistas políticos que preferirían encontrar algún tipo de orden. La situación actual se caracteriza por la fluidez y la incertidumbre: hay casos considerados exitosos que en pocos meses pueden revelarse como frágiles. Basta con mencionar el caso de Brasil, que parecía ser un ejemplo de solidez institucional en el cambio de década, pero que en solo algunos años sufrió la implosión de su sistema político y el ascenso fulgurante de un liderazgo populista de derecha, por no decir abiertamente fascista. Asimismo, en la Argentina el gobierno de Mauricio Macri parecía dirigirse con tranquilidad a obtener su reelección y "enterrar definitivamente al populismo" luego de ganar las elecciones legislativas en 2017; sin embargo, sus perspectivas para ambos objetivos parecen más matizadas un año después.

En todo caso, es importante introducir la variable histórica. Los mitos populistas adquieren relevancia en función de contextos y repertorios sedimentados históricamente: en momentos de crisis, es probable que ciertos mitos, con un recorrido extenso, tengan mayor capacidad de resonar en los ciudadanos. Sin embargo, el peso de la historia no es completamente determinante: aparece también con fuerza un efecto de imitación, por el cual políticos con ambiciones se muestran dispuestos a probar "lo nuevo" que ha funcionado en otros contextos. Por ejemplo, luego de la elección de Donald Trump o Jair Bolsonaro surgieron entusiastas proyectos de imitadores en otros países.

POPULISMO Y SOCIEDAD

En capítulos anteriores presentamos dos argumentos que pueden verse como contradictorios. Dijimos, en primer lugar, que el populismo es un fenómeno tan antiguo como la

propia democracia y un subproducto, tal vez inevitable, del propio juego democrático; sostuvimos, luego, que adquiere mayor atractivo en tiempos de crisis. Entonces, ¿es inevitable, o es un fenómeno efímero que desaparecerá tan pronto como la economía y la política puedan estabilizarse? A riesgo de aumentar la confusión, la única respuesta posible es que *es ambas cosas a la vez*. La movilización populista es una posibilidad siempre presente en el abanico de las estrategias políticas; en ciertos momentos de crisis, su actualización puede resultar más atractiva o potente, y más miembros de la sociedad estar dispuestos a adherir a ella. No obstante, también hay que decir que los políticos populistas son muy buenos para *crear* situaciones que generan "sensaciones" de crisis.¹¹⁸

El segundo factor que facilita esta diseminación son los cambios en la estructura social de las comunidades políticas de los países contemporáneos. En particular, el mito populista adquiere especial eficacia en condiciones de radicalización de la pluralidad social, una idea que, como vimos, ya estaba presente en Aristóteles. La fragmentación social y la coexistencia de múltiples clivajes e identidades es justamente la manera de ser de nuestras sociedades de principios del siglo XXI. No es solo que los antiguos clivajes masivos del siglo XX están en crisis por las transformaciones sociales y económicas que socavaron las identidades basadas en la posición en el proceso productivo (es difícil basar una identidad partidaria en la pertenencia de las masas a la clase obrera cuando

118 Donald Trump es un excelente ejemplo de la creación de una permanente sensación de crisis: en octubre de 2018 su discurso buscó generar miedo y alarma durante semanas por la supuesta amenaza de seguridad nacional que representaba la llamada "caravana" de migrantes centroamericanos que buscaban llegar a pie a la frontera entre México y los Estados Unidos. En un gesto sin precedentes, Trump movilizó 15 000 soldados del ejército hacia la frontera de Texas pocos días antes de las elecciones legislativas de medio término y anunció que les había dado permiso para disparar "a primera vista" si se juzgaban amenazados.

la actividad industrial está en decadencia). Se trata también de que esas "viejas" identidades de clase conviven y se interseccionan con otras: con la etnia, con el género, con las identidades sexuales, con pertenencias geográficas o regionales, con la edad. Raúl Madrid (2008) lo señala para el caso del MAS boliviano: la estrategia populista fue adecuada porque pudo contener múltiples grupos y dar cuenta de la condición de mestizaje; este argumento se puede extrapolar a casi todas las sociedades actuales, en que la mayoría de las personas son o se sienten *mestizas*, en el sentido de que en ellas conviven varias formas de identificación posible. Esos modos de identificación son, además, fluidos y negociables. Así, una persona puede ser obrera industrial, y al mismo tiempo mujer, joven, lesbiana, creyente de una determinada religión y habitante de una región que tiene una historia e identidad particulares. No está determinado que su pertenencia de clase sea el principio fundamental para construir su identificación política, ni que ninguno de los anteriores puntos de anclaje sea efectivamente elegido para fundar en él una identidad política. En estas condiciones, el modo de identificación populista, en que la lealtad del grupo no se funda sobre características objetivas sino a partir de la adhesión con una narrativa discursivamente construida que señala a un otro como responsable de un daño común, es especialmente potente.

Que el populismo sea una forma política que se presenta cíclicamente a lo largo de la historia democrática (y que sin duda seguirá haciéndolo) no debe hacernos ignorar que cada "evento" populista adquiere, como ya dijimos, un contenido propio y particular. El populismo clásico de Perón y Vargas no fue idéntico al de Menem y Fujimori, así como tampoco el de Hugo Chávez y Néstor Kirchner fue igual al de Álvaro Uribe. Los temas del discurso populista cambian: una característica particular de los gobiernos populistas sudamericanos es que trataron de realizar una síntesis discursiva entre los valores populistas (la unidad del pueblo, la necesidad de derrotar a aquellos que se le oponen) y elementos rescatados de

la tradición liberal de los movimientos de derechos humanos antiautoritarios de la década del setenta: una reivindicación de la democracia electoral (en contraposición con la aceptación de la lucha armada de la izquierda de los años sesenta y setenta), una aceptación (al menos en el discurso) de las garantías propias del Estado liberal, una mayor apertura a reivindicaciones ajenas a la clase, como por ejemplo los reclamos de grupos de mujeres, de minorías LGTBI, de migrantes. Además, si bien estos movimientos reivindicaban una defensa de los intereses nacionales (es decir, en todos los casos la comunidad/pueblo se imaginaba acotada por los límites del Estado nación), en la primera década y media del siglo XXI se creó una "comunidad de naciones" entre estos países, basada no tanto en instituciones multilaterales, sino en relaciones interpersonales entre sus presidentes.¹¹⁹ Esto no significa que la promesa de combinar la reivindicación del pueblo con las libertades liberales se haya cumplido en todos los casos, o aun en general, pero es un matiz que vale la pena señalar en tanto diferencia con los proyectos de izquierda revolucionaria de décadas pasadas.

También los populismos de derecha intentan crear pueblos que se imaginan como estrictamente nacionales. Sin embargo, algunos aspectos son diferentes. La "nación" significa cosas distintas: en los populismos de izquierda se presenta como un proyecto incompleto cuya posibilidad de construcción futura está amenazada por la élite; en los de derecha, se lo ve como una entidad orgánica que fue completa y contra cuya desintegración debe lucharse en el momento presente. La cuestión nacional también es distinta: en los populismos de derecha la idea de nación se fusiona con la idea de un pueblo ya constituido y siempre amenazado por el "afuera", cuya

119 Un elemento poco comentado de los discursos de los presidentes populistas latinoamericanos es que ellos se mencionaban los unos a los otros todo el tiempo, se llamaban por el nombre de pila y se legitimaban los unos a los otros.

integridad debe ser defendida por los medios necesarios. Además, puede verse en estos movimientos una curiosa contemporaneidad entre la necesidad de defender la integridad del pueblo y la rigidez de ciertas jerarquías sociales y de género, con grupos que están "arriba" y otros que deben aceptar estar "abajo", con una radical defensa de un corporativismo de mercado casi completamente desregulado. (No es causal que todas las encuestas muestren que las clases más ricas apoyan a estos nuevos populismos de derecha). El respaldo entusiasta de sectores mayoritarios de las élites económicas a los populistas de derecha de nuevo cuño hacen pensar que los sectores más fuertemente defensores del *statu quo* capitalista pasaron rápidamente de rechazar el populismo a considerarlo el mejor aliado posible.

LAS EMOCIONES

Como ya vimos, la cuestión de la *emoción* es central en la formación del lazo representacional populista. Tal vez sea más adecuado decir que, mientras que la emoción es primordial en la construcción de cualquier lazo político, el discurso populista se distingue por el hecho de que la referencia a la emoción es abierta y constante. No solo se llama a preferir ciertas políticas sobre otras en función de su mejor relación costo/beneficio o su capacidad de generar felicidad para el mayor número de personas: también se convoca a comprometerse en una lucha de tipo épico contra un adversario que no solamente está equivocado, sino que lo hace a propósito, que no es ignorante, sino traidor. El mito populista invita a quien escucha a fundirse en el amor a la propia comunidad, a movilizarse junto con otros en una tarea común, a imaginar que se puede, entre muchos, cambiar el mundo. Las concepciones que reducen la política a votar o negociar ignoran muchas veces lo atractivo y, por qué no, lo placentero que

resulta sentirse involucrado en una movilización política colectiva que comprometa y saque al individuo de su quehacer cotidiano. Hannah Arendt, la principal filósofa política liberal del siglo XX, y alguien que no simpatizaba para nada con el populismo, reconoció en *Sobre la violencia* que existen pocas experiencias más intensas en política que el "perdersse a uno mismo" dentro de una movilización colectiva, incluso si involucra actos de protesta¹²⁰ (ella define el poder como algo necesariamente colectivo, solo existente mientras ese grupo actúe en copresencia) (Arendt, 1970: 44). Todos estos sentimientos —esperanza, resentimiento, solidaridad, lealtad, temor— siguen siendo uno de los motores principales de la acción política. El discurso populista los utiliza de manera flagrante, desprejuiciada, escandalosa.

Un buen ejemplo del rol del afecto en la construcción discursiva populista lo ofrecen dos eslóganes presentes en los gobiernos de Cristina Fernández. En la campaña presidencial de 2011, la consigna fue "La fuerza del amor"; en los últimos dos años de su mandato se hizo popular el eslogan "La patria es el otro". En el primer caso, resulta ineludible recordar que toda la campaña estuvo encuadrada por el recuerdo de Néstor Kirchner, fallecido el año anterior, cuya figura fue evocada en toda la propaganda electoral. En el segundo, aparece el intento de identificar al kirchnerismo en una especie de llamado al amor filial entre todos los que, diría Platón, son hermanos en una misma madre.

Esto no significa que la emotividad funcione siempre (en el caso del kirchnerismo, los retornos de este tipo de apelación afectiva fueron decrecientes), o que sus receptores estén determinados a "comprar" esta retórica. Sería incorrecto, ade-

120 "En la acción militar y en la revolucionaria, 'el individualismo es lo primero que desaparece'; en su lugar, encontramos una clase de coherencia de grupo que es más intensamente sentida y que es más fuerte, a pesar de que menos duradera, que todas las variedades de la amistad, pública o privada" (Arendt 1970:67; traducción propia).

más, sostener que la estrategia opuesta a la populista carece de una apelación a lo emocional. Si bien es cierto que el discurso tecnocrático es aparentemente más objetivo, racional y desprovisto de emociones, debe quedar claro que tanto la emotividad populista como la asepsia tecnocrática son efectos de sentido del discurso.¹²¹ Por otro lado, una revisión más profunda muestra que el discurso tecnocrático apela también a los sentimientos.

En efecto, el despliegue de argumentos que enfatizan la necesidad de pensar la realidad en términos de procesos impersonales y resolución de problemas busca generar identificación al suscitar una emoción individual absolutamente poderosa: la de imaginarse más inteligente que el vulgo. Asimismo, líderes no populistas invierten cantidades ingentes de recursos en construir fuertes corrientes de afecto con sus seguidores. Mauricio Macri es un excelente ejemplo de esto: uno de los pilares de su exitosa campaña presidencial en 2015 fue lo que sus asesores llamaron públicamente su "humanización", que se centró en la construcción de una imagen empática y, para usar una palabra central en el léxico de Cambiemos, "cercana". Macri se mostró como un padre amoroso que jugaba con su hijita, como un esposo que gustaba de viajar o pasear con su mujer, como un buen amigo que seguía jugando al fútbol o comiendo asado con su grupo de siempre; es decir, como alguien con los mismos afectos y disfrutes que las personas comunes y corrientes. En las fotografías de las campañas de 2015 y 2017, en que los timbrees tenían un papel central, se enfatizaba la relación afectiva entre el candidato o presidente y sus pequeñas audiencias: un matrimonio de ancianos, una pareja de almaceneros, una maestra, una familia. Grupos

121 El saber tecnocrático no es "verdadero", sino que "se construye" como tal; tampoco el discurso populista se refiere necesariamente a una época "verdadera", sino que busca construirse como tal en su receptor, es decir, en sus condiciones de reconocimiento.

pequeños pero cercanos, gente tomando mate alrededor de una mesa, sonrisas, calidez humana.

La clave es que esta afectividad, que está presente, no es necesariamente política. Una foto en que Macri abraza a una pareja de jubilados es, sin dudas, emotiva, pero él podría ser su hijo, un pastor o sacerdote, o un médico querido. Por el contrario, el afecto populista es eminentemente político: expresado públicamente, escenificado en las multitudes reunidas físicamente, sustentado en una tarea común. No por casualidad Cristina Fernández eligió como imagen para su perfil de Twitter a mediados de 2018 una foto de uno de sus actos masivos en la cancha de Racing, que la muestra de espaldas sobre el escenario, mirando a la multitud en las tribunas y el campo (Mauricio Macri, en cambio, prefiere una foto en que abraza a una pareja de ancianos). El afecto se dirige al líder en tanto líder, no necesariamente en tanto persona privada (¿tienen vida privada los y las líderes populistas?). Los líderes no populistas buscan crear un afecto que también puede ser fuerte, pero es distinto: personal, de identificación o, como les gusta decir a quienes analizan a Cambiemos, aspiracional.

HAY VIDA DESPUÉS DEL POPULISMO

A lo largo de los capítulos de este libro hemos hablado del populismo: de su longevidad, de sus raíces, de la razón de su éxito, de sus subtipos. Vale la pena cerrar este recorrido con una reflexión sobre qué pasa después: ¿cómo puede pensarse la alternancia entre gobiernos populistas y gobiernos que no lo son?

Por prudencia, solo ofreceremos algunas conclusiones tentativas sobre lo que está sucediendo en América Latina en los años que siguieron a la "ola rosa" populista. En primer lugar, resulta evidente que todos los gobiernos analizados en esta obra compartieron un talón de Aquiles: la imposibilidad de

institucionalizar la transmisión del carisma para el sucesor del líder original. Ya sea porque el sucesor designado perdió las elecciones (el caso de Daniel Scioli en la Argentina), porque logró el triunfo electoral pero traicionó rápidamente al líder original (Lenín Moreno en Ecuador) o porque el líder original decidió forzar su propia permanencia en el cargo por la ausencia de un sucesor viable (Evo Morales en Bolivia), queda claro que el carisma sigue siendo una característica difícilmente separable del cuerpo del político. O, para decirlo en términos del esquema analítico de este libro, resulta evidente que la autoridad performativa del líder (fuente del poder performativo del mito populista) no es fácilmente transferible ni a un sucesor ni a la institucionalidad impersonal de un partido. Vale señalar que en el caso venezolano, Hugo Chávez tuvo la capacidad de imponer electoralmente a su sucesor, Nicolás Maduro, quien, sin embargo, carece de la autoridad carismática de Chávez y avanzó en su reemplazo por la dominación autoritaria.

En segundo término, es importante subrayar (aunque sea obvio) que los populismos pierden elecciones: el modo de representación populista es poderoso pero no invencible; su principal desafío es la institucionalización en la gestión de gobierno. Es muy difícil combinar gestión, institucionalidad, ampliación de derechos, respuesta a demandas sociales y movilización de manera eficaz por períodos más extensos que una década. Dos elementos se combinaron en Sudamérica para decretar el fin de los populismos: por una parte, estos gobiernos generaron o facilitaron (si se asume que la mejora social solo estuvo ligada a los precios favorables de los *commodities*) procesos de ascenso social de grupos que vivían en la pobreza; esos grupos, sin embargo, una vez llegados a la clase media comenzaron en gran medida a identificarse con otras opciones políticas. Por la otra, capas amplias de la sociedad empezaron a rechazar el espíritu antagonista que había llevado al poder a estos movimientos y valoraron partidos o liderazgos que prometían un retorno a la "normalidad" política y una defensa del "orden natural" social amenazado por los populismos.

Por último, si bien el pequeño número de casos hace poco verosímil cualquier generalización, parecería que la mejor opción para derrotar a un gobierno populista son las urnas y no medios extraleccionales. El golpe contra el chavismo en 2002 lo fortaleció; en la Argentina, Cambiemos se tomó ocho años para ganar y lo logró. La paciencia estratégica de las oposiciones parece la mejor apuesta.

EL MITO, EL PUEBLO, LA RAZÓN Y EL SILENCIO

Los individuos hacen la política, y mientras la hacen y solo por ese momento, dejan de serlo y se transforman, fugazmente, en otra cosa que el lenguaje liberal solo puede llamar "pueblo", pero que también podríamos denominar "comunidad" o "colectivo". Esa acción, en el enfoque aquí descrito, toma la forma de palabras: de un tipo de cuento, narrativa o relato que nos contamos a nosotros mismos sobre quiénes somos, qué tenemos en común, adónde vamos.

Dijo Hannah Arendt en *Sobre la violencia*:

El poder no necesita justificación, ya que es inherente a la existencia misma de las comunidades políticas; lo que sí necesita es legitimidad. [...] El poder aparece siempre que las personas (o el pueblo) se encuentran y actúan juntas, pero la legitimidad se deriva más del "encuentro" universal que de la finalidad de la acción futura. [...] Cuando se la desafía, la legitimidad basa su apelación en un pasado (común) (1970: 52; traducción propia).

En este libro hemos intentado iluminar cómo esta "apelación a un pasado común" puede comprenderse como un relato, un cuento, una narración; a este lo hemos llamado "mito político", del cual el mito populista es una variante.

Puede pensarse que la política sería mejor, más transparente, más racional si pudiéramos discutir solo de números, de ideas puras, y, en definitiva, expurgar los mitos de ella. Pero ¿qué es ese proyecto de una política "algorítmica" sino un mito político como otros, pero uno que se ignora a sí mismo? Si la capacidad de razonar es indudablemente humana, también lo es la de contar una historia, y cada uno de nosotros realiza cada día ingentes esfuerzos para relatarse a sí mismo y a los otros la propia historia de una manera que *tenga sentido*. De modo colectivo, podemos comprender la política como la creación de múltiples historias que compiten entre sí por la atención y la lealtad de los oyentes.

A veces, en momentos especiales, logramos reconocernos como los héroes y las heroínas de nuestra historia particular que alguna vez deseamos ser, y eso nos hace fugazmente felices.

Nuestra invitación no es, entonces, a eliminar los mitos de la política, sino a comprenderlos, a hacerlos explícitos, a discutirlos, a multiplicarlos, a volverlos más plurales, más creativos, más reflexivos. De esto se trata la política: en definitiva, y como bien lo sabían en la Grecia clásica, lo opuesto al mito no es la razón, sino el silencio.

Referencias

- Aboy Carlés, G. (2001), *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homo Sapiens.
- (2013), "El radicalismo yrigoyenista y el proceso de nacionalización del espacio político. Una interpretación a través de los usos del concepto de hegemonía", *Identidades*, 4(3): 33-47.
- Aibar Gaete, J. (2013), "La miopía del procedimentalismo y la presentación populista del daño", en J. Aibar Gaete (ed.), *Vox populi. Populismo y democracia en Latinoamérica*, Avellaneda, Undav Ediciones - Universidad Nacional de General Sarmiento - Flacso sede México.
- Akkerman, T. (2017), "Populist Parties in Power and their Impact on Liberal Democracies in Western Europe. Populist Parties of Latin America: The Cases of Argentina and Ecuador", en R. Heinisch, C. Holtz-Bacha y O. Mazzoleni (eds.), *Political Populism. A Handbook*, Baden-Baden, Nomos.
- Arendt, H. (1970). *On Violence*, Nueva York, Harcourt [ed. cast.: *Sobre la violencia*, Madrid, Alianza, 2014].
- Aristóteles (1988), *Política*, Madrid, Gredos, trad. de Manuela García Valdés.